

La polio.

Anastasio Rojo Vega.

Nacemos con la sensación de tener bajo los pies algo empeñado en hacernos daño, el demonio, el monstruo de la ciénaga o las enfermedades tan aparentemente extinguidas como la momia de la película de su nombre. Debe ser que en el interior llevamos aún los miedos de cuando fuimos presas antes que depredadores.

La polio acaba de reaparecer en Siria. Salvo los que estudian medicina, poca gente sabe lo que puede ser este azote. Pocos más que los testigos de sus estragos, como aquellos que conocieron al Pablito del barrio de La Rubia, en una silla de ruedas aparcada unas veces junto al kiosco de los periódicos y otras junto al de los caramelos, anunciando una lágrima cada vez que recordaba cuando jugaba al fútbol en el mismo descampado donde aprendió a darle al balón Cardeñosa.

Una enfermedad que está echando brotes verdes en Siria. Que no la hagan de menos quienes, aferrados a lo que consideran natural, rechazan las vacunas. No es que corran peligro ellos y sus hijos al no vacunarse, es que nos ponen en riesgo a los demás.

Los naturalistas cometen aquí un grave error. Carlos V abdicó con cincuenta y seis años y murió con cincuenta y ocho años, porque aquellas eran las edades límite cuando no había antibióticos ni vacunas. Quien antes y quien después, todos fallecían de fiebres, es decir de enfermedades infecciosas. Si se revisan los libros de ingresos de los antiguos hospitales, apenas se encontrarán mayores de sesenta años. Lo natural era morir de niños, de las llamadas enfermedades de la infancia, o sobre los cincuenta. Lo antinatural lo de Juan Carlos I, que a sus setenta y cinco sigue sin pensar en abdicar y mucho menos en incorporarse al panteón de El Escorial. La polio ha vuelto y la elección es vacunarse o no; estar prevenidos o dejar al cuerpo que luche sin ayuda médica contra la parálisis. El consejo de la medicina es vacunarse, que por hacerlo no nos olvidará la Parca. La muerte es lo más natural, y todos naturalmente acabaremos.